

Caminando despacito, que las prisaS no son buenas



Ayuntamiento de
ALCOBENDAS



ÍNDICE

PRÓLOGO.....	2
ATRÁPAME FUGAZ	6
EL ANILLO.....	10
EL CÍRCULO DE LA AMISTAD	15
EL PRECIO DE LOS DESEOS	20
EL ÚLTIMO PASO.....	24
HISTORIAS DE ELECTROWEEKEND 25	27
MAMÁ, MAMÁ, ¡LAS MONJAS TIENEN TETAS! ..	36
MEDINA AZAHARA.....	44
MEMORIAS DEL AYER	47
MI GRAN GIRASOL.....	50
¿QUIÉN SOY?	57
UN LIBRO	60

PRÓLOGO

Por cuarto año consecutivo el Ayuntamiento de Alcobendas, a través de la Concejalía de Cultura y el programa de animación de las Mediatecas, impulsa el proyecto de Autoedición juvenil para que el alumnado a quien se dirige conozca y practique las fases de edición de un libro desde su escritura hasta la presentación a la comunidad lectora.

El Instituto Ciudad Escolar se unió a este proyecto en el segundo año y, desde entonces, participa siempre el primer curso de Formación Profesional de Técnico Superior de Animación sociocultural y turística, en concreto desde el módulo denominado Animación y gestión cultural, sumándose este año alumnado del segundo curso y profesorado del ciclo de Animación.

De la suma del Ayuntamiento y su implicación con la cultura y los planes educativos; las Mediatecas y sus programas para los centros; los talleres impartidos por la ilustradora Violeta Cano (Ilustración) y por mí, Pepa Hidalgo,

escritora (Escritura creativa y Autoedición) y el profesor del módulo de Animación y gestión cultural Pedro Carcajona Piris, resulta este libro autoeditado de principio a fin donde cada relato te llevará a una emoción diferente, a la vez que conoces un poco a cada una de las personas que han decidido cederte parte de su existencia, ya que, como dice Pedro:

«Desde el ciclo de Animación sociocultural y turística, en concreto desde el módulo denominado Animación y gestión cultural, seguimos apostando por la creación colectiva y la vivencia de un proceso de construcción, paso a paso, de un producto cultural. En él, nos expresamos libremente, nos empoderamos como creadores (y no meros consumidores) de cultura y aprendemos a autoeditar y promocionar una obra literaria sin ningún fin más allá del mero disfrute y la realización personal. Gracias a esta actividad didáctica, más aún, a esta experiencia personal y grupal en la que año tras años nos estamos embarcando con Pepa y Violeta, nos empapamos de un principio básico de la Animación cultural: la democracia cultural. Motivados por nuestros intereses e inquietudes, apoyados en el diálogo

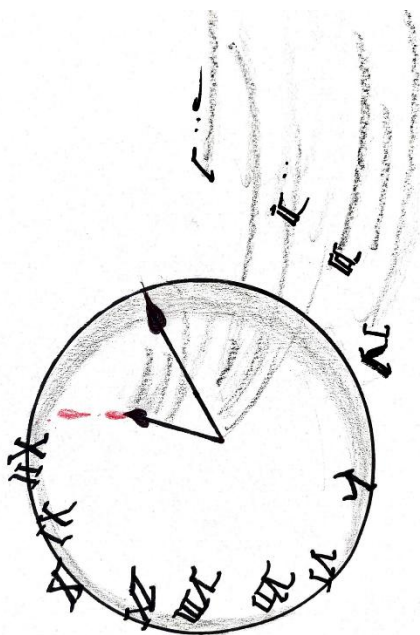
y la convivencia, participamos y somos protagonistas de la creación cultural».

Te invitamos a que te tomes un tiempo de respiro para que disfrutes «despacito» de esta lectura creada con el entusiasmo que caracteriza al Ciclo de Animación Sociocultural y Turística.

Pepa Hidalgo

Mar Crespo Jiménez

Coserte a retazos
el brillo de tus ojos profundos al mirarme
esencia de mares
aire fresco de montaña
olor a tierra *mojá*,
ahí está mi centro



ATRÁPAME FUGAZ

Lunas y soles trascurren incesantes.

Días y noches que marcan el tiempo, ese tiempo que vuela, se eterna y se acorta cuando menos deseas.

Tiempo que se escapa, tiempo que pasó,
tiempo que ya no está en este instante.

Mitad de una vida ya ha pasado.

Rayos plateados brillan en su pelo

y surcos que arañan su rostro y que hablan de risas y risas y llantos, sol y viento, de noches sin dormir, de amores y desamores.

Mira atrás y ha sido un chasquido de dedos, millones de instantes guardados en lo más profundo, el tiempo los ha compactado para ser memoria, para ser vida.

Denso y fugaz presente que teme perderlo.
Prisas.

Tiempo dedicado a esas cosas que llenan la vida y la nevera y poco tiempo para llenar la vida de todo

eso que se hace sin prisas y que hacen que la vida merezca la pena.

Tiempos y sus categorías:

Tiempos de ofrecer tu tiempo a otros

Trabajo

Tiempos de vida

Tiempo de amores

Tiempo de amigos y familia buena

Tiempo de encuentros

Tiempo de cuidados y autocuidado

Tiempo de amores de nuevo

Tiempo de terracita

Tiempo de montaña

y de viajes y de un buen libro con un *chai llate* y de rayos de sol en la cara, tiempo de despertarse y volver a acurrucarse sin prisa...

Tiempo, tiempo, tiempo... del que ella no quiere que se vaya...

Ecuación inversa que se amortigua suavemente
con el viernes que llega lento y pasa fugaz.

Es lo único que se nos da y se nos quita, el tiempo
y su vida. Báilalo agarradito que es lo que deja
huella.

Pedro Carcajona Piris

Tomando un café en Burgstrasse,
la tarde se me escapa y yo intento atraparla
en el color morado de mis reflexiones,
que plasmo en un papel impaciente,
desnudo;
así sonrío a la vida,
siempre acompañado.



EL ANILLO

La música sonaba fuerte. La pista de baile estaba abarrotada con la energía contagiosa de la medianoche de un sábado en la ciudad luminosa. Clara, como en una fase maníaca, se sentía en la cima del mundo. Su liviano vestido de lentejuelas destellaba con cada golpe de sus caderas, con cada vuelta y contoneo. Cuando llegaba el momento de los estribillos eufóricos, reía, cantaba, izaba los brazos serpenteantes y bailaba con complicidad junto a sus amigas, experimentando una exultante percepción de desprenderse del suelo.

Fue en el servicio, charlando y riendo en voz alta con una de sus amigas que estaba en el reservado vecino, cuando al subirse las braguitas se percató de que el anillo no estaba en su dedo. La alegría se convirtió en pánico. No era cualquier pieza de bisutería, tampoco una exuberante joya, tenía el valor incalculable del cariño y la nostalgia de ese padre que perdió cuando era solo una niña, el cual le había regalado ese anillo una semana antes de ser encontrado muerto de una grave intoxicación etílica en un oscuro motel del extrarradio.

Reclutó a todas sus amigas para su búsqueda. Interrogó desesperada a todas las personas con las que se topó. Rogó y lloró al encargado del local para que pararan la música y encendieran todas las luces, pero el vigoroso joven, con un disimulado desdén, le prometió que el personal de limpieza lo encontraría al día siguiente y la llamaría para entregárselo.

Comenzó a llover cuando Clara, abatida, subió al noctámbulo taxi con el maquillaje difuminado, levantó levemente la mano para despedirse de sus amigas y, de regreso a casa, la ciudad y sus luces emborronadas le parecieron esperpénticamente tristes desde las ventanillas empañadas del vehículo.

La música y el jolgorio sonaban amortiguados desde el exterior de la sala, anunciando a Miguel excitantes aventuras nocturnas. No era la primera vez que pasaba la noche fuera de casa, ebrio, ahogado por las rutinas y por un matrimonio fracasado que se mantenía bajo implícito acuerdo

por motivo de una dulce niña a la que adoraba infinitamente.

La ciudad se le antojaba divina, su deseo sexual álgido y con una copa de más se sentía capaz de conquistar el mundo, como si se encontrara en un episodio maníaco. Llevaba la camisa ya generosamente desabrochada, asomando el vello de su pecho en actitud de primitivo cortejo animal.

Bajó las escaleras del local descubriendo, poco a poco, el embaucador paisaje de música latina, luces tenues y sinuosos movimientos en la pista de baile. Fue capaz de interceptar en unos segundos varias mujeres pizpiretas y dicharacheras, ese tipo de féminas que le atraían y que le resultaban fáciles de conquistar. Se dirigió con pretendido paso seguro a la barra, pidió su cubata bien cargado y, agitando suavemente el contenido, se quedó contemplando triunfante el seductor ambiente de la sala de fiestas.

Un par de copas después, salió tambaleante a la brillante ciudad abrazado a una bonita chica ecuatoriana con ceñido vestido rojo. Había estado lloviendo, ya solamente caían algunas gotas aisladas y los charcos reflejaban fulgurantes luces de neón.

Al levantar la mano temblorosa con el objetivo de parar al noctámbulo taxi, vislumbró en el suelo húmedo un tímido resplandor distinto al del agua. Al agacharse torpemente halló un sencillo anillo, no parecía una baratija, pero tampoco una joya cara. Automáticamente pensó en su hija Clara y lo depositó en su bolsillo con una sonrisa aún más victoriosa.

En el asiento de atrás del taxi, apoyado el cabello con olor a tabaco de la chica sobre el hombro de Miguel, la ciudad y sus luces emborronadas le parecieron un sugerente paisaje marítimo desde las ventanillas empañadas del vehículo.

Carolina Balmaseda Cid

Ir a jugar al hockey me hace feliz.

Viendo TikTok, me gusta esperar.

A los gatos los temo; los quiero evitar.

El azul es el color de mi mirada,
que me hace soñar con las estrellas del Real
Madrid.

Duermo profundamente hasta que despierto
y veo que Rihanna está presente en este lugar.
Si pudiera, cambiaría el mundo por completo.

Un loro es mi mayor deseo,
porque me puede consolar.

Ahora mismo,
en Madagascar quisiera estar, para apreciar este
maravilloso paraíso.



EL CÍRCULO DE LA AMISTAD

El sol brillaba fuerte aquella tarde en el campo de hockey, y aunque me encantaba sentir el calor en mi rostro, lo que realmente me llenaba de energía era la oportunidad de compartir ese momento contigo. No sé si alguna vez te disté cuenta, pero desde el primer día en que llegaste al equipo, supe que había algo especial en ti.

Recuerdo que parecías un poco nerviosa, insegura por si realmente encajarías, pero yo no tenía dudas. Tenías ese brillo en los ojos, esa chispa que reconocía porque también la había sentido

cuando empecé a jugar, así que decidí que haría todo lo posible por hacerte sentir parte de esto, porque sabía que pertenecías aquí tanto como cualquiera de nosotras.

—Aquí no importa de dónde vengas ni lo que otros piensen —te dije una vez tomándote de las manos—. Lo que importa es lo que sientes cuando tienes el *stick* en tus manos y estás con el equipo. Tú perteneces aquí.

Tal vez no te lo dije en ese momento, pero esas palabras no eran sólo para animarte, lo sentía de verdad. Vi cómo dudabas de ti misma al principio, pero también vi cómo te esforzabas en cada entrenamiento. Te equivocaste algunas veces, claro, pero nunca dejaste de intentarlo. Y no estabas sola, mi hermana Carla y yo estábamos ahí para ti. Carla siempre tenía una forma tranquila y amable de apoyarte, mientras que yo intentaba darte ese empujón cuando lo necesitabas.

No tardaste mucho en empezar a brillar. Cada vez que te veía jugar, me llenaba de orgullo. No sólo porque mejorabas día a día, sino porque descubrías algo más grande: una pasión que te transformaba.

Cuando te vi ponerte la camiseta de tu club y representar a tu equipo en los Juegos Olímpicos de hockey plus no podía haberme sentido más feliz, porque sabía que habías llegado hasta ahí no solo por tu talento, sino también por el esfuerzo y la confianza que aprendiste a tener en ti misma.

Siempre me gustó pensar que el hockey era mucho más que un deporte; era un hogar, un lugar donde encontrabas amigas, risas, desafíos y una versión de ti misma que no sabías que existía. Lo veía en los días que compartíamos en el campo, en los partidos, en los entrenamientos. Para mí, el hockey era una forma de conectar y contigo fue exactamente eso lo que sucedió.

Sé que todavía recuerdas mi jugada especial, ese círculo perfecto que trazaba con el *stick*. Lo hacía porque me daba seguridad, me recordaba que tenía el control incluso en los momentos más difíciles. Pero también me gusta pensar que ese círculo representa algo más: la amistad y los lazos que creamos en el campo, algo que nunca se rompe.

Aunque ahora ya no estoy contigo físicamente, quiero que sepas que estoy ahí cada vez que tomas el *stick*. Estoy en las carcajadas que compartes con tus compañeras, en los momentos en los que

superas tus miedos, en el orgullo que sientes al representar a tu equipo y, sobre todo, estoy en ese círculo que trazas en el césped, porque sé que en cada movimiento llevas un pedacito de mí.

El hockey te ha dado muchas cosas, pero tú también le has dado algo especial y, mientras sigas jugando, mientras sigas disfrutando de cada instante, sé que nuestro círculo seguirá creciendo porque está hecho de amistad, cariño y recuerdos que siempre estarán contigo.

Selene Martín Gallego

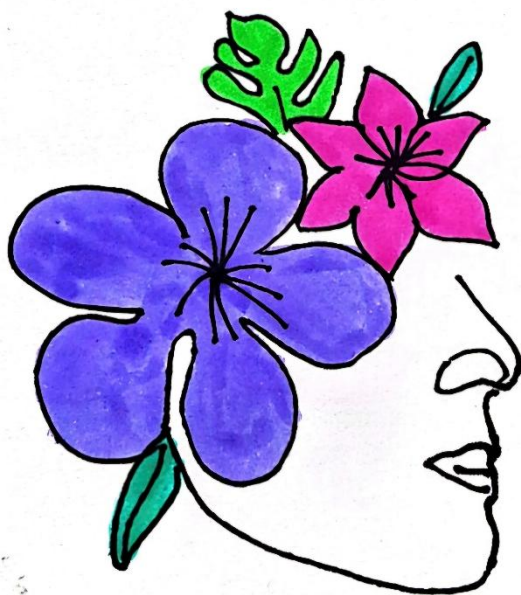
Miro las olas del mar

con el atardecer en la playa rosa.

Viajo por el mundo siendo juguetona, real, alegre.

Estaría feliz si ningún animal fuese abandonado.

Temo estar sola y adoro leer en el campo.



EL PRECIO DE LOS DESEOS

En un pequeño pueblo, rodeado de frondosa vegetación, vivía una joven llamada Liah. Desde que era muy pequeña había escuchado historias sobre una leyenda: la existencia de un hada que podía otorgar numerosos deseos aquellas personas que la encontraran, sin embargo, esta hada estaba escondida en lo más profundo del bosque, protegida por un aura mágica que le hacía ser invisible a los ojos humanos.

Al igual que las todas las mañanas, Liah caminaba por el mismo sendero que llevaba hacia el gran bosque, pero esa mañana fue diferente a las demás. Conforme iba adentrándose en el bosque, la naturaleza parecía que le susurraba y el aire frío cortaba su rostro mientras avanzaba. Cuanto más caminaba, todos los sonidos del tras su rostro avanzaba alrededor se desvanecían, era como si el bosque le estuviese comunicando algo. Pero la determinación de Liah seguía intacta, ella debía encontrar al hada.

Tras caminar varias horas, Liah encontró una pequeña cueva oculta entre la vegetación y decidió adentrarse en ella para refugiarse de aquella fría noche.

Dentro de aquella cueva, Liah encontró a una anciana. Al mirarla a los ojos pudo ver el reflejo de la gran sabiduría que tenía. Mientras, la anciana la observaba fijamente.

—¿Qué buscas, jovencita? —preguntó la anciana.

—Al hada que concede deseos —respondió Liah con firmeza.

La anciana, que ya sabía el propósito de Liah, sonrió y le pidió que la siguiera.

En ese mismo momento, Liah sintió una sensación extraña, como si estuviera plena, y la anciana le dio un consejo muy sabio:

—El deseo que te otorgaré tendrá un precio. No olvides que lo que deseamos no siempre es lo que necesitamos.

Liah asintió convencida y, con voz firme, pidió su deseo.

—Quiero que tanto mi pueblo como yo prosperemos, que vivamos en paz.

La anciana puso sus manos en las de la joven y le concedió el deseo.

Al día siguiente, Liah despertó en la misma cueva, pero todo parecía diferente. Al salir, vio que el bosque había cambiado, la naturaleza parecía haber

cobrado una nueva vida. Mientras caminaba hacia su pueblo, se dio cuenta de que el aire se sentía más ligero, como si hubiera algo distinto en él.

Cuando llegó, descubrió que su deseo había sido concedido de una manera inesperada. El pueblo estaba floreciendo y se respiraba un ambiente de paz. Al mismo tiempo, comenzó a notar pequeños cambios en las personas. La alegría no era normal, sino una calma superficial, como si algo se hubiera perdido.

Liah sintió una inquietud y decidió regresar a la cueva de la anciana. Cuando la encontró, la anciana la miró con compasión.

—¿Has aprendido la lección? —le preguntó suavemente.

Liah asintió lentamente.

—Lo que deseamos no siempre es lo que necesitamos —dijo la anciana. A veces, la paz que buscamos no viene de lo que tenemos, sino de cómo vivimos y nos cuidamos unos a otros.

Liah comprendió que el deseo de prosperidad había traído consigo la calma, pero había dejado a su pueblo sin conexión emocional.

Carmen Cano Duran

Voy a tumbarme porque ya he comido
mientras por teléfono hablo con mi amigo.

A lo lejos el mar se ve negro,
como viajar a Japón con Paula por el tema del dinero.

Me levanto tarde siempre que puedo
al igual que comparto lo que tengo.

Independizarme estaría muy bien
y si es con muchos gatos mejor.

Pero también estaría muy bien
pagarles más a los de Mazarrón.



EL ÚLTIMO PASO

El sonido del timbre me desconcentró totalmente. Miré a Laura, que estaba sentada en el sofá, sumergida por completo en su teléfono móvil. Me quedé esperando su mirada de vuelta durante un minuto hasta que el timbre volvió a sonar insistentemente, sabía que una gran bronca se venía encima.

Me levanté rápido y fui hacia la puerta, al abrirla ahí estaba mi madre con esa seria expresión que lo decía todo. Al dar ese paso que dejaba atrás el rellano fue cuando soltó la joya:

—¿Qué hace ella aquí y cuántas veces más te lo tengo que repetir?

Laura levantó la vista del móvil y suspiró, levantándose lentamente del sofá y dirigiéndose hasta el perchero para coger su chaqueta. Pero ese día no fue como todos los demás, y explotó la bomba.

En cuanto Laura puso la mano en el pomo de la puerta para irse de casa la agarré fuertemente del brazo para impedirlo. La mirada penetrante de mi madre me causó un malestar que rápidamente invadió todo mi cuerpo. Simplemente con ese pequeño gesto, supe que era el día de largarme de la casa que no me dejaba avanzar y progresar como persona. Laura me miró con tensión e incomodidad, yo la mire con seguridad y confianza, abrimos la puerta y dejamos atrás todas las barreras y candados que nos impedían ser quienes queríamos ser.

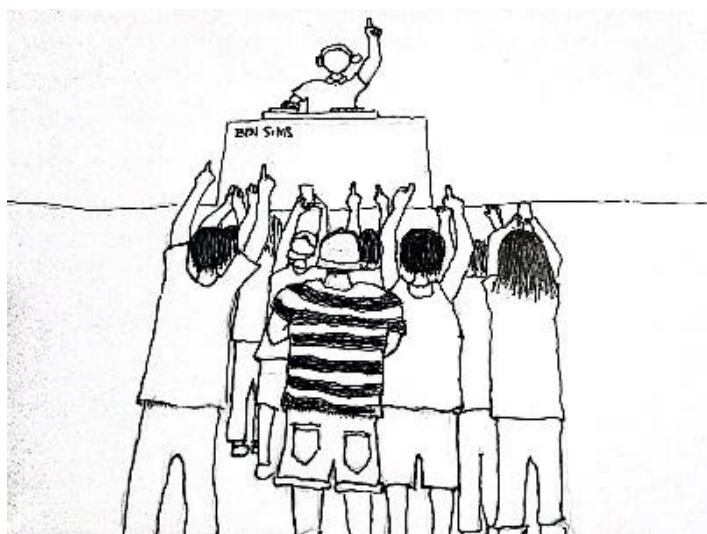
Cerré la puerta tras nosotras con un leve suspiro, como si finalmente hubiera dejado fuera todo lo que me había retenido durante años. Laura no dijo nada, pero su mirada hablaba por ella.

Caminamos por el pasillo del edificio sin prisas, como si el tiempo se hubiera detenido un momento, dándonos un respiro.

Al salir al aire libre, el frío de la noche me acarició la cara, pero por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba respirando de verdad.

Juan Bosco García Roldán

Uno, dos, tres
y empezamos,
¿quién empezó?
Blanco, negro, gris
y empezamos a levantarnos.
Oídos, ojos, manos
y ¿quiénes somos?
Escuchar, mirar y pensar.
Do hasta do, oeste a este,
y todo con ritmo
¿humanas y humanos?



HISTORIAS DE ELECTROWEEKEND 25

El dos de mayo de 2015 fue un día que quedó grabado a fuego en mi memoria, un capítulo singular dentro de las historias que forman mi historia. Junto a tres amigos, Claus, Tito y Lorry, emprendimos un viaje de cuatro días a Valencia con el propósito de desconectar de la rutina.

El sábado, el plato fuerte era un festival de música electrónica: el Electroweekend. Claus, el más entusiasta del grupo, nos convenció para comprar las entradas. Según él, el evento prometía ser «vasto».

Llegamos tarde. Era ya de noche, pero el ambiente estaba cargado de luces, *beats* y una energía que reventaba los decibelios. La música, los ritmos frenéticos del *techno*, el alcohol y el bullicio se mezclaban, arrastrándonos a un estado de descontrol casi hipnótico. Todo parecía alinearse con la intensidad de los sonidos: una marea que lo inundaba todo, llevándome sin rumbo fijo.

En un momento indeterminado, sentí la necesidad de salir de la carpa principal. Fuera, entre la penumbra y los ecos, comencé a charlar con desconocidos, conversaciones sin un propósito definido, simplemente dejándome llevar por el momento. Horas más tarde, mientras el cansancio empezaba a hacerse notar, Claus me encontró y me dijo:

—¡Tú, vente! ¡Que entra Ben Sims! —me dijo con énfasis.

Volvimos a la sala principal y, en cuanto Ben Sims tomó el control de la cabina, nos metimos en el meollo. Era ya de madrugada, las seis y media quizá. Algo dentro de mí había cambiado, una sensación

que no podía explicar. Quizá era la música o el momento o, tal vez, algo más profundo que sólo se revela en esos espacios donde todo parece desbordarse. En medio de todo ese caos perfecto me encontré solo, con mi móvil en la mano y escribiendo:

Son historias de telediario de esta ratilla; son opiniones sin base ni fundamento, como todo lo que no se lleva... «Nuestras vidas se han vivido como mil millones de veces; somos un producto superventas».

En precario estado de consciencia, nos sustraemos del ambiente, en un mar de caos y descontrol humano. Escribimos, sin querer saber muy bien por qué. Somos únicos, existimos en serie. Es un poco la historia del islote. El típico atípico islote que contempla atento el fluir del mar, en busca de un naufrago que piense cómo él o que nos mienta dulcemente sobre ello.

Olas de sonido; putos tsunamis sónicos. Los bajos hacen temblar el recinto; marcan a golpe de compás el latir de las miles de válvulas mitrales que han convocado. Es plano, es constante, es demoledor, es simple; es la nueva y cínica oda a la vida.

Seguimos aquí, aguantando, somos la nueva generación de la música de masas, y tenemos que probarlo, a base de zarpazos y caladas. Nos preguntan con admiración y recelo, ¿por qué

escribimos?, ¿por qué describimos lo que vemos?, ¿por qué seguimos el ritual?...

De repente, una chica me cogió el móvil y se desvaneció. Un día normal correría para encontrar a la chica, recuperar mi móvil y montar una broca descomunal. Pero lo primero que salió de mi boca fue:

—¡Túuuuuuu, tronca! ¡Mi móvil!

Dos minutos después, vino, me devolvió el móvil y me dijo:

—Nano, eres un friki. ¡TIENES QUE BAILAR! —Y se alejó murmurando sandeces.

Y yo continué:

—No te rayes túu.

—RRRRR.

Son meras y vagas descripciones de la noche del techno; es la nueva era de la civilización; lo más sublime del declive, del progreso; somos la nueva generación de almas traídas aquí, sin aparente sentido ni objetivo; somos la nueva generación de fantasmas en potencia, vestidos con el dolor y las ponzoñas del consumo.

Seguimos aquí; el pasar del tiempo no diezma nuestra fuerza y pasa sin dejar nada detrás. El ambiente es denso y oscuro; aquí sólo se respiran

derivados y/o sustitutivos del júbilo, humo y sudor. Miles de coloridas luces en la penumbra que dibujan y desdibujan a su antojo el contorno de todas esas redondas miradas que escudriñan el entorno en busca de sonrisas y amor. Pero sólo hay sonido, sólo hay movimiento, sólo hay compás y mínimo común denominador. Ni más ni menos.

La realidad del espectáculo se torna absurda al trasluz de los focos, tras el cristal; tras las gafas de Jonny.

La realidad es tan venenosa y capciosa como el aire que aquí respiramos; aquí la lujuria campa a sus anchas; es parte del ambiente, es el cuerpo del ambiente. Caras con gestos retorcidos y obscenos, miradas y bocas en torsión intermitente, sulfurantes, anegadas de cenizas y de un forzado pseudobienestar. Es el siglo XXI, es la misma mierda que el XX.

Son las ocho menos cinco y estamos escribiendo al alba, con desilusión agridulce. Sigue todavía, latente en el aire, el leve rumor del sonido, desaparecido ya, que en silencio ansía empezar de nuevo, entre vítores de ánimo a la nada, al vacío; es clamor hacia los nuevos ídolos, es el vacío existencial que arroja la luz, al alba. La cirugía es acariciada y descubierta a la luz del amanecer; la voluptuosidad, la prepotencia, la autocompasión... Amanece,

sonriendo siniestramente, la cruda realidad. La tendencia, el odio a Rubens; todo es lo mismo; no hay baremo, sólo queda silicona.

Ésta es la nueva generación, éste es el potencial del futuro, que se estruja para llegar a la primera fila de una modernidad que ni entendemos ni necesitamos entender, sólo seguir.

La salida ya... gran afluencia de figurantes de «The Walking Dead»; no podemos negar lo que es evidente; no podéis negar los males del capricho y de la sociedad del bienestar que tan bien hemos comprado y cuyo culmen veis en esos ojos inyectados en sangre y más, que buscan esquivamente algo tan comúnmente extraño cómo calor humano o simplemente algo como la presión circulatoria bajo su piel. Somos lagartos de miradas y lenguas titilantes que se mueven en masa en busca de algo que mantenga el caminar. Somos la generación despreocupada, abocada al abismo, cayendo al vacío, sin mirarlo de frente, entre risas, como el amigo de Winz. Somos la puta basura que no esperabais que fuéramos y danzamos y mandibuleamos al son de las mentiras del arte y al son del espectáculo más célebre y con más audiencia del mundo: la verdad oficial.

Seguiremos bailando, mirando desafiantes a nuestra salvación; sin retroceder ni un paso ante nuestra destrucción.

— ¡Al after de cabeza, tú!

Y todos, en comunión, marchamos a continuar al sacrificio humano del momento. Avanzamos ansiosos huyendo despavoridamente de nuestros sueños; dejando detrás nuestras vidas y nuestras ilusiones, calada a calada, raya a raya. Somos autómatas, funcionamos con veneno y sin voluntad; fumamos a cartón y miramos perdidamente a la nada mientras consumimos. Ya no vivimos aquí; no estaremos para cumplir los propósitos adecuados que vosotros «sugeristeis».

Estamos fuera de todo; somos la nueva generación. Fuera de pronóstico, fuera de perspectiva, fuera de enfoque; como distorsionados, como desvirtuados por las consignas que nos deberían de haber hecho; de las mentiras que hemos querido creer.

Hola, amigo mío, te hablo desde el zaguán que hay entre el infierno y el cielo, muy turístico, por cierto. Te escribo porque sé que cuando veas mis palabras quizás puedas entenderlas, apreciarlas e incluso compartirlas. Aunque prefiero pensar que estoy hablando conmigo mismo.

Dedicado a nuestro minuto de gloria y al futuro...

Cuando terminé el block, ya habíamos salido del festival y estábamos llegando al coche. Nos sentamos en la acera para descansar. Nos quedaba el culo de la botella y nos servimos las últimas para comentar el panorama. Entre risas suaves y miradas al horizonte no pensamos que ese momento también estaba a punto de desvanecerse.

Mamen Nieto Bonal

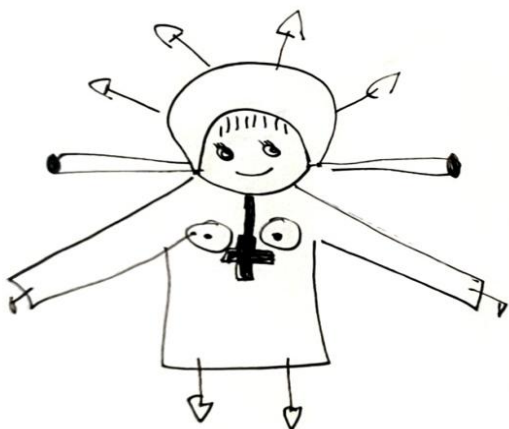
Me llamo y me llaman Mamen,
A veces Carmen (muy pocas)...
es como de señora...

¡Soy vital, teatrera y una viajera de la vida!

¡Ojalá nos encontremos en el camino!

Dicen que soy hiperactiva... no sé:
canto, bailo, no paro de crear cosas,
no paro quieta; lo mismo, un poco.

Y, sobre todo, soy la reina de los besos...
los besos de colores.



MAMÁ, MAMÁ, ¡LAS MONJAS TIENEN TETAS!

PRÓLOGO

Este es un relato de mi infancia y, sobre todo, de la emoción de un descubrimiento.

Descubrí que mis veneradas maestras, mis monjas del Santo Ángel de Carabanchel, «las hermanas», así las llamábamos, eran personas. Unas personas buenas, cultas, viajeras, lectoras, descubridoras, fuertes, a ratos malhumoradas, increíbles, inteligentes, honestas, creativas, luchadoras e independientes y poderosas; feministas, así lo pienso por lo que eran y por cómo nos trataban, empezando por llamarnos por nuestro nombre y por el segundo apellido, el de nuestras madres.

MAMÁ, LAS MONJAS TIENEN TETAS

De niña no era ni tan pequeña ni tan guapa ni tan delgada ni tan discreta ni tan callada como siempre nos decían aquellas monjas que debían ser las niñas

buenas, a cambio, hacía reír a todo el mundo, siempre metida en una aventura, poco amiga de sentarme con la espalda recta, dispuesta a ayudar a cualquiera y volviendo locas a todas las hermanas de la casa con mis correrías por todo el convento.

El Convento: Un edificio barroco con celdas, capilla, sótanos y desvanes; mi lugar ideal para investigar. Me encantaba inventar cualquier excusa para escapar de clase y recorrer los desvanes, entrar en territorio prohibido: las celdas de las monjas; también recorrer las buhardillas o descubrir la azotea. Hasta me inventé un club oculto con tres amigas y teníamos un equipo de investigación que consistía en una navaja (mi familia es de Albacete), una linterna, una libreta, un bolígrafo y una pequeña cuerda. Además, teníamos un nombre en clave: yo me llamaba Jorge. Contra todo pronóstico y tras nuestras duras investigaciones hicimos un descubrimiento alucinante y sufrí algunos castigos.

Los castigos: Amables lectores, si estáis aquí todavía no temáis, no se me olvida el descubrimiento, pero si sois extremadamente sensibles, quizás no deberías seguir leyendo.

Había **castigos menores** y mayores, los sufrí todos siempre por las mismas razones: no paraba de hablar en clase y no paraba quieta. Esto daba lugar a los castigos menores: notas a mis padres, ponerme

de cara a la pared durante una hora, con las manos en la cabeza otra hora y, el castigo estrella, ir a la capilla a pedir perdón. Esto me daba tanto miedo, que iba corriendo por la enorme galería acristalada, con sus suelos brillantes y pulidos de cera, en total silencio, llena de plantas enormes con sus horribles sombras y en penumbra. Corría hasta que llegaba a la enorme puerta lateral de madera de lo que llamaban la capilla, pero en realidad para mí era una inmensa iglesia barroca llena de santos y vírgenes a los que tenía que pedir perdón y que, lejos de reconfortarme, me llenaban de pánico con sus gestos de dolor y sus posturas imposibles. Resultado: corría a tientas, abría la puerta sin mirar, decía perdón a gritos, volvía a cerrar y regresaba corriendo a clase por el mismo sitio.... hasta que me pillaron y la monja (de guardia) se quedaba en el pasillo para cerciorarse de que entraba. Deje de hablar, bueno, casi ...

Luego estaban los **castigos mayores**, me gané uno y casi otro...

El primero fue porque en nuestra clase había un semáforo de papel que cada niña ponía rojo cuando iba al baño, así, sino estaba verde no podías salir.

La monja tuvo la idea de ponerme un día en esa mesa. Eran unas mesas redondas de cuatro niñas,

las otras tres me miraban atónitas mientras yo ponía todo el tiempo el semáforo verde...

No sé cuántas niñas logré reunir en el baño, pero tuvieron que ser varias porque la hermana Aurora se enfadó tanto que me llevó de la oreja a la clase de mi hermana mayor, Marga, la cual se merece un capítulo propio.

Siempre me he preguntado para quien era ese castigo; mi hermana era el ejemplo del cole (lo que las monjas llamaban una buena niña) y cuando me vio llegar sintió tanta vergüenza y me dio tanta lástima y rabia por ella que hice un dibujo de una casa negra, todo negro, que las monjas llevaron a analizar al psicólogo del colegio. Daniel lo analizó y les dijo a mis padres que era muy inteligente, pero que me aburría. ¡Vaya! Después me cayó una buena; aunque pronto se olvidó y es que, a pesar de todo, yo era muy querida por estas mujeres.

La siguiente travesura debió haber originado el otro castigo mayor: la expulsión.

En este punto os he de presentar a la hermana Ramona la portera.

La hermana Ramona era bajita y arrugada. Aquella mujer estaba amargada: siempre gritaba y estaba de mal humor. Cada vez que pasabas por la puerta te perseguía para pegarte; eso nos daba

mucho miedo. Vestida de negro y blanco, con su cofia grande y esa escoba con la que nos atizaba, era como una dragona que custodiaba la puerta de un castillo que, inexorablemente, tenías que atravesar para ir a tu clase o para hacer algún descubrimiento.

El descubrimiento: siendo niñas, pensábamos que las monjas eran cómo ángeles y por eso no tenían sexo, ni formas y que debajo de sus hábitos no había nada.

Un día de los de investigar (he de decir que aprovechábamos las reuniones del APA, eran nuestras madres reunidas) para burlar a la hermana Ramona y recorrer todo el convento, subimos las escaleras. Al abrir la puerta final llegamos a la azotea, territorio inexplorado y totalmente prohibido. Y ¿qué había colgado en el tendedero? Bragas y sujetadores.

No puedo explicar la mezcla de emociones, risas, incredulidad, perplejidad, incredulidad... más risas. ¡¡Las monjas tenían tetas!!

Y, claro, en mi entusiasmo por ese gran descubrimiento, riendo y gritando, bajé corriendo las escaleras perseguida por la monja que, alertada por el escándalo, me seguía con su escoba, e irrumpí en la reunión de las madres y grité a pleno pulmón:

—¡¡¡Mamá, mamá, las monjas tienen tetas!!!

EPÍLOGO:

Si te estás preguntando si me expulsaron... la respuesta es **NO**.

En aquella sala, las madres y, sobre todo, las monjas, después de reírse unos minutos, incluida la hermana Ramona a la que se le cayó la escoba y a la que nunca, ni antes ni después, vi reír, y, ante mi asombro (pues parecía ser la única que no lo sabía), me dedicaron dulces sonrisas. Dijeron que era un poco trasto, adjetivo con el que se me conocería para siempre en la familia, y ya no se pudo seguir con la reunión. Todas reían una y otra vez nadie me regañó; aunque, cuando salimos, todavía, con aquella sonrisa en los ojos que tenía mi madre, me dijo en voz baja que no había estado bien y que no volviera a escaparme.

Todavía hoy puedo oír su risa mitigada y sentir el calor de su enorme abrazo.

Grupo de 2º de Animación sociocultural y turística

En la nieve, donde el frío es destino,
se alzan las ruinas de un amor divino
sobre las que emergerán corazones duros.

Dos almas perdidas, unidas al hielo,
construyen castillos en un lugar efímero.

Aunque con el fin del invierno sus nombres se
deshagan,

el amor persiste y nunca se apaga.

Evitando que la nieve de su indiferencia sea eterna,

esos amores renacen de sus tumbas

para convertirse en norias perdidas,

¡Ay! amores en ruinas, imperios en ruinas,

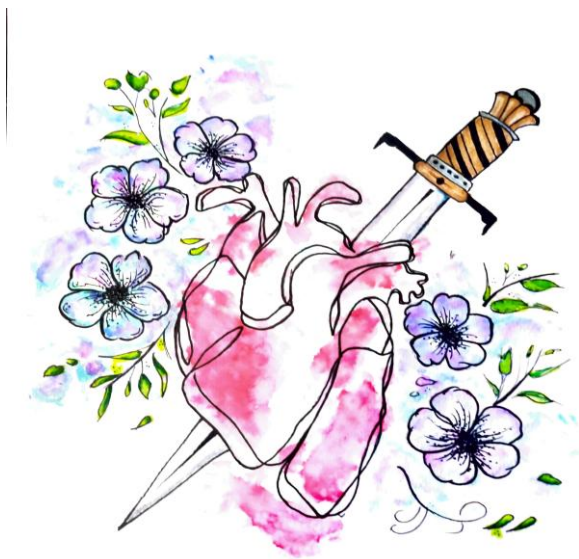
observan todo lo que tenían,

la nieve floral,

la que cubría lo que ya no sirve para nada,
nada, porque no están juntos,
nada, porque el frío, como la nieve de la montaña,
ha cubierto la libertad
deslizándose por la ladera
y, entre sus ruinas, encuentran el puro amor.

Besitos fresquitos como copitos,
Navidad en Nueva York
fumando un Winston largo,
un refugio en la nieve.

El amor, qué bonito es el amor.
Quien sea el último en derretir la frialdad
de sus corazones
dejará ruinas en su interior
para siempre.



MEDINA AZAHARA

Los almendros estaban en flor. Una bella dama paseaba sin destino y sin fin entre ellos. Se miraba en el mercurio de los estanques del palacio que, además, le devolvían la imagen de sus labios pintados de un delicioso carmín.

A medida que pasaba el tiempo, sentía que su belleza aumentaba, como si rejuveneciera. Muchos hombres fueron conquistados por esa exótica hermosura, grandes héroes que pelaron por ella. Ninguno como su califa.

El valiente Abderramán pidió su mano tras derrotar a su hermano en las montañas del norte de la península. Poco después, se convirtió en el gran gobernador del pueblo andalusí y ordenó construir la ciudad de Medina Azahara, «la ciudad brillante».

Era un regidor estricto, que imponía normas y castigos severos. A los súbditos no les quedaba más que obedecer, sin embargo, algunos se revelaban y generaban conflictos por las calles de la nueva ciudad.

Ella recordaba frente al estanque aquella lejana noche en que los ciudadanos se amotinaron en uno de los patios de la ciudad brillante, vaciaron de almendras y naranjas los árboles y huyeron con esas reservas. Antes de marcharse, cubrieron de pétalos el suelo para despedirse de su amada reina.

Su califa la amaba. Con ella no era el tirano dirigente. Antes de inaugurar Medina Azahara mandó plantar miles de almendros para que cuando florecieran dieran el aspecto al paisaje de las montañas nevadas del norte, de su lejano hogar.

Al menos, eso dice la leyenda.

Gema Martín Sebastián

A veces, hija,
a veces, Gema,
y, sin embargo, para la mayoría, Miss Martín.
Con miedo a no lograrlo,
sueño con cumplir mis objetivos,
mientras duermo imagino que soy feliz,
y, con tenacidad y determinación, sigo adelante
y le digo a la vida: ¡Allá voy!



MEMORIAS DEL AYER

Esa mañana se sentía estupendamente mirando a los pajaritos que se posaban en el alfeizar de la ventana y la trasladaban a su infancia.

El olor a manzanilla que venía de la cocina, esa cocina que conseguía transportarla a su niñez. Recordaba a sus amiguitas jugando a la rayuela y a sus papás que la besaban y la abrazaban cada vez que llegaban a casa después de una dura jornada de trabajo. Ese momento era una experiencia que se asemejaba bastante a la felicidad. Qué maravilla vivir fuera de las convenciones sociales.

En esos pensamientos estaba cuando escuchó una voz lejana que la devolvió a la cruda realidad.

—Abuelita, ¿otra vez te has perdido? Vámonos a casa que están todos preocupados por ti.

Y eso hizo la señora Juana, seguir a su nieta hacia el edificio que le habían dicho que iba ser su hogar de ahora en adelante mientras pensaba que esa mañana se sentía estupendamente mirando a los pajaritos que se posaban en el alfeizar de la ventana y la trasladaban a su infancia...

Ana Cristina Puscaciu

Disfruto la calma al llegar a casa.
Me gusta esperar mientras observo la naturaleza.
Sueño con un hogar en Rumanía,
con paisajes que susurren paz y tranquilidad.
Temo a la muerte, pero vivo con pasión.
Me muero por ver y abrazar a mi hermana,
con su risa perdida entre las estrellas,
y, si pudiera, haría eterno lo efímero.
Ahora mismo, quisiera estar allí,
donde los sueños me esperan.



MI GRAN GIRASOL

Mónica es la luz que ilumina cada rincón de mi vida. Con solo veinte años, enfrentó con una valentía descomunal uno de los retos más crueles que la vida puede presentar. Su risa era una melodía que calmaba hasta los corazones más inquietos y su sonrisa tenía el poder de hacer desaparecer los días grises. Aunque el destino le tendió una trampa terrible, Mónica nunca se rindió.

Todo comenzó aquel verano en que ella tenía diecinueve años. Recuerdo cómo llegaron esos dolores persistentes en su espalda. Al principio, todos pensamos que era algo muscular. Ella misma lo creyó y buscó alivio yendo a varios fisioterapeutas. Pero los dolores no cedieron. Con su tenacidad habitual, visitó al médico, quién, tras una radiografía, descartó cualquier preocupación grave. «Es algo leve, toma ibuprofeno», le dijeron. Confiada en esas palabras, Mónica continuó con sus planes.

Ese verano fue especial. Mónica viajó a Rumanía, el país de nuestras raíces y los recuerdos de nuestra

abuela. Lo hizo sola, con una valentía que siempre la definió. Allí, los dolores aumentaron. En su consulta con un médico rumano, una resonancia magnética reveló lo impensable: un tumor en la pelvis. El regreso a España estuvo marcado por interminables pruebas que confirmaron el diagnóstico: osteosarcoma con metástasis en los pulmones.

Ese fue el día en que nuestro mundo se vino abajo.

Desde entonces, vi en ella una fuerza que nunca imaginé. Las quimioterapias y radioterapias se llevaron parte de su movilidad, pero nunca su espíritu. «No soy una carga», me decía mientras insistía en prepararse ella su desayuno, incluso con las piernas hinchadas y sin poder moverse bien. Era un ejemplo vivo de lo que significa luchar.

Con el tiempo, la enfermedad avanzó. Los médicos dijeron: el tiempo de Mónica se está agotando. Al principio, la familia intentó protegerla de esa realidad, ya que estaba en un estado muy débil, pero al saber la verdad ella, como siempre, la combatió de frente.

«No quiero que me mientan», nos dijo. Y en sus ojos vi la valentía de alguien que quería vivir con autenticidad hasta el final.

Una tarde hablamos como nunca lo habíamos hecho. Me confesó su miedo a morir, un miedo que compartí con ella, nos abrazamos y lloramos juntas. También, hablamos de nuestras peleas y de todo el tiempo que habíamos desperdiciado. Le prometí que, si alguna vez tenía una hija, la llamaría Mónica. Su sonrisa, aunque débil, me llenó el alma.

Mónica tenía deseos claros: quería descansar junto a nuestra abuela en Rumanía y que su funeral estuviera lleno de flores de todos los colores, con la familia vestida de blanco. Era su manera de ser, tan especial y única que quería darle su toque personal a todo...

Cuando sus pulmones ya no soportaron más y el dolor se hizo insoportable, los médicos nos dijeron que la iban a sedar para que no sufriera más.

Teníamos solo unas horas para despedirnos de ella. Esa tarde, rodeada de la familia, Mónica nos dejó palabras que nunca olvidaré:

sus sueños, su amor por todos nosotros, y una última petición: «No me olvidéis». No podría, aunque lo intentara.

La última noche que compartimos, mientras ella estaba sedada le canté canciones rumanas, esas que escuchábamos de niñas. Sostuve sus manos mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. Quería que sintiera todo el amor que llevaba en mi corazón por ella. Aunque sabía que estaba perdiéndola, no podía dejar de creer en un milagro.

Esa noche, se despertó, quería levantarse, quería seguir luchando, pero llegó la asistenta y le aumentó la dosis de sedantes. Sentí rabia e impotencia por no poder hacer nada, veía a mi hermana luchar y al mismo tiempo sufrir, se estaba ahogando, sus pulmones estaban llenos por esa maldita enfermedad que me la estaba quitando poco a poco y yo no podía hacer nada... eso me destrozaba por dentro...

Al día siguiente por la noche, mi madre me dijo que fuera a casa a cenar algo, aunque no podía comer, le hice caso y me fui. Pasó un rato y le escribí

un mensaje a mi madre para saber cómo seguía mi hermana. Me dejó en visto y me preocupé, así que la llamé y, con la voz rota, mi madre me dio la noticia que nunca quise escuchar: «Mónica ya no está con nosotros».

Mi mundo se detuvo, comencé a llorar y gritar, me tiré al suelo, preguntándome: «¿Por qué? ¿Por qué la vida me ha quitado a mi hermana con tanta vida por delante? No es justo...».

Cuando llegué al hospital, la vi allí, tan hermosa como siempre, pero tan fría y pálida. Besé su frente, la abracé y sostuve sus manos por última vez. Mi corazón y el de toda la familia estaba roto, estábamos destrozados. Mi hermana, mi otra mitad, se había ido. Pensé también en mi madre, en lo duro que debe ser para ella perder a una hija nacida de su vientre y de su ser, eso me partía el alma todavía más...

Cumplimos sus deseos. Viajamos a Rumanía y la enterramos junto a nuestra abuela, rodeados de flores de todos los colores. Todos nos vestimos de blanco, tal y como ella quería, poniéndole honor a su vida y la valentía que mostró hasta el final.

Hoy, su ausencia es un vacío que jamás se llenará, pero también es un recordatorio constante de lo que significa vivir con coraje, amor y determinación. Mónica me enseñó a valorar cada momento, a luchar incluso cuando todo parece perdido y a amar incondicionalmente. Te quiero, hermana. Siempre serás mi luz y mi ejemplo. Nunca te olvidaré mi precioso girasol.

«Te iubesc». (Moni y Ana)

M. Jesús Rubio González

¿Quién soy?

Una persona que se mueve por el corazón,
con muchísima pasión,
que lucha por aquello con lo que sueña y
que le pone un puntito de locura a lo que hace.



¿QUIÉN SOY?

¿Y quién es ella?

Ella es alguien que encontró una pasión, que sacó lo mejor de ella, hizo que creyera en sí misma con tal fuerza que cada día es una oportunidad para sacar su mejor versión, disfrutar de lo que hace y aportar su granito al mundo.

¿Cómo llegó hasta ahí?

Con mucho trabajo, esfuerzo, CONSTANCIA, errores, aciertos, alegrías, tristezas... Ese largo camino lleno de piedras que fue sorteando y que fue quitando para poder llegar a la meta y conseguir el objetivo tan ansiado que la llevaría al final del camino, aunque lo importante fue el proceso que vivió en el mismo.

Ahora es capaz de enfrentarse a diferentes situaciones cada día, a poner límites cuando es necesario, a no dejar de creer en ella misma; orgullosa de haber despertado con relación al mundo y poder hacer lo que más feliz le hace, que es poder ayudar a sacar su mejor versión de los

demás. A poder sembrar semillas que luego puedan dar sus frutos y que eso contribuya a hacer que el mundo todavía sea un lugar donde poder sonreír, cumplir los sueños y, quizás, ser feliz.

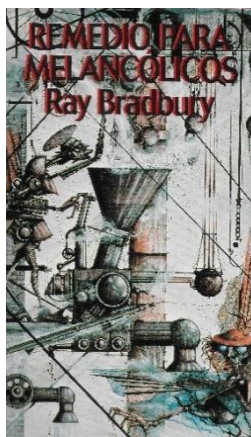
Guzmán Alonso Moreno

Primero cerré los ojos y sentí la lluvia nutrirme la
cara y las manos.

Luego respiré y me acogió el palpitar de la tierra
abrigando mis hombros.

Después quise tocar las palabras y conocer de qué
materia estaban hechos sus ángulos:

Me devolvieron canciones y poemas que tú,
sonriendo, compartías junto a las aves del alba.



UN LIBRO

Tenía por título *Remedio para melancólicos* y pertenecía a Ray Bradbury, un autor del que nunca había oído hablar hasta entonces, si bien su obra, aunque inconsciente de ello, no me era ajena gracias al cine, especialmente *Moby Dick* y *Fahrenheit 451*, películas que había visto por televisión. Pero esto lo descubriría más tarde, cuando empecé a interesarme por el escritor y el significado de su trayectoria.

Era un libro ya gastado en sus tapas verdes, un tanto carcomidas las puntas y, adentro, amarilleaban las páginas entre la tipografía de bolsillo de la editorial Minotauro, de la que también por primera vez yo cobraba conciencia.

Me lo había prestado, como entonces aún se prestaban los libros, una compañera de Facultad, algo mayor que yo, con ese afán de compartir, de prolongar conversaciones y experiencias por medio de objetos que acababan siendo singulares. Ella había reproducido en las hojas en blanco del interior, quiero recordar que a lápiz, partes del último cuento que el texto contenía, con esa letra de mujer que huye de la caligrafía impuesta a su sexo por imperativo educativo:

«...Tocó y no era música que ellos conocieran, pero era una música que habían escuchado mil veces en sus largas vidas, con o sin palabras, con o sin melodía. La señorita Hillgood tocaba y cada vez que movía los dedos la lluvia caía repiqueteando en el hotel oscuro...»

No esperaba que ese volumen fuera a sorprenderme tanto, a conquistarme de manera inmediata, ni que me indujera a descubrir y descubrirme con la suavidad que construían aquellas palabras como cintas flotantes, que envolvían, liberaban al instante y transportaban.

Con *En una estación de buen tiempo*, me acerqué a las manos de Picasso; balcones de aire y esperanza conocí con *Remedio para melancólicos*; con *La componedora de matrimonios* pude comprender la voz profunda de la raíz; sobre los afanes de la identidad en sus contrastes con la realidad y el futuro pensé por mediación de *Eran morenos y de ojos dorados* y sentí en la piel el silencio hecho agua y consuelo con *El día que llovió para siempre*. Del placer de leer disfruté con el resto de los relatos.

Aquella amistad no duró mucho; un torpe desencuentro airado, más cambio de turno horario en la Facultad durante el curso siguiente, hicieron que nunca me volviera a

cruzar con aquella compañera y que el libro se quedara conmigo, con los párrafos manuscritos de letra perfilada convertidos cada vez que lo tenía entre mis manos en carta siempre renovada llegando desde una desconocida distancia.

Años después mantuve contacto con otra mujer que estaba pasando una situación difícil. Pensé que la lectura de *Remedio para melancólicos* le ayudaría a compensar aquellas horas desabridas y que contribuiría a acercarnos. Así fue, pero la relación no fructificó y cuando llegó el momento de separarnos fue imposible arrancarle el libro. Siendo como era una persona desprendida esquivó cuantas peticiones le hice y desoyó una vez tras otra las razones por las cuales se lo reclamaba.

Finalmente, hecho a la idea de que jamás lo habría de recuperar, compré una reedición. Reedición que había perdido el verde cartoncillo de las tapas, el relieve que los surcos de los tipos de imprenta alzaban sobre el papel, y el influjo sensitivo de ciertas palabras, como «durazno», que el traductor había sustituido por términos más utilizados en el habla de nuestro país.

Bien es verdad que tengo junto a mí con esta nueva edición las historias de Bradbury y que me ha servido para leérselas a seres queridos. Pero no

puedo evitar sentir la rozadura de la ausencia de aquel primer y pequeño tomo que me hizo saber del escritor ni tampoco eludir echar de menos la letra menuda y de afirmación —que aún mis ojos ven— de aquella compañera que con toda seguridad me habrá olvidado y a quien yo no reconocería si de repente pasase junto a mí. Aquella buena amiga que, al prestarme ese libro, sin sospecharlo, me había regalado la lluvia:

«La señorita Hillgood tocaba y cada vez que movía los dedos la lluvia caía repiqueteando por el hotel oscuro. La lluvia caía fría con las ventanas abiertas y empapaba los tablones calcinados del piso del porche. La lluvia caía sobre el tejado, caía en la arena sibilante, caía sobre el automóvil herrumbrado y en el establo vacío y en los cactus muertos del jardín. Lavaba las ventanas y depositaba el polvo y colmaba los barriles de agua de lluvia y tapizaba las puertas con hilos de perlas que se abrían y murmuraban (...) Reclinando lentamente las cabezas hacia atrás, dejaron que la lluvia cayera donde debía caer...»